

IV. RUTAS DE OTOÑO

39. EL OTOÑO EN VALGRANDE: DE PASEO ENTRE LOS
TEXOS Y LOS TONOS LAS FAYAS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** 9,30, desde El Ruchu, sobre Payares.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** sobre las 6, a Yanos de Somerón (o a Fierros, un poco más tarde).
- **PARAJES DE INTERÉS:** los fayeos de Valgrande, La Vega'l Mur, L'Ablanea, El Vayo Cimiru y Fondiru, La Malvea, El Nocú, Santa Marina y Yanos de Somerón.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** baja (todo en llano, o en descenso).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** otoño (por los tonos de hayedos y robledales).

• **DESCRIPCIÓN DE LA RUTA:** sirva, en parte, lo dicho para las otras anteriores por Valgrande (2, 16 y 25).

Y llegamos a Valgrande también en pleno otoño, para comprobar que no es el mismo Valgrande que ya cruzamos, jornadas atrás, entre las cascadas del invierno, los espinos florecidos por los arroyos en primavera, o los sosiegos y sonidos de las brañas en el verano. Siempre encontramos un hayedo nuevo en cada viaje a Valgrande.

Partimos, otra vez del Ruchu, rellano en cantizal saliente sobre Payares: cuanto antes mejor, por si pudiéramos percibir hoy la *berrea* de los corzos en la disputa de su harén por el hayedo. Estas *berreas* suelen producirse hasta mediados de octubre arriba, de modo que aún puede haber suerte.

Lo primero que nos impacta es la zona de buenas fincas a ambos lados del camino. Entramos sobre La Chinariega: una tierra húmeda

y apacible, tiempo atrás, dedicada a la siembra del 'lino' (lat. *Linum*), el *tsinu pa facer sábanas, sábanos y sayas; o pa mezclar con tsana y facer calcetos y otros refaxos* —que recuerdan muchos *güelos y güelas* de estos y otros pueblos asturianos—.

Un mosaico de colores, ya a la entrada de Valgrande

Seguimos por Las Morteras de Payares, y ya en el primer *regueru* de Valgrande, apreciamos la gama variada del bosque en esta época otoñal: *la seronda*, en el decir de estos lugareños.

El cuadro de tonos y colores nos detiene un buen rato en cualquier cantizal a medio hayedo: las *fayas* ocres, más o menos brillantes, según su posición en la ladera; los fresnos de verde intenso, todavía; los salgueros y salgueras, con un verdor más suave; las *chameras*, casi amarillentas ya; los *abidules*,

completamente alimonados, paji-zos, ámbar..., según la orientación al sol, y según la profundidad del *regueru a l'aveseo*.

Observamos, cada especie de arbolado, según el entorno en el que a cada una tocó adaptarse: los *rebochos*, los *abidules*, las *fayas*..., nacidas en los *ribones*, crecen espigados sobre las mismas aguas del *regueru*, intentando cambiar aquella abundante humedad por la luz del sol.

Los árboles de la loma, en cambio, y aquellos a los que tocó en suerte la explanada *soleyera*, se estiran menos en altura, pero se vuelven más robustos, de tonos más intensos, y serenos. Parecen más privilegiados: pero habría que preguntárselo a ellos.

Los otros "tonos" de Valgrande

Pasamos por Polación, y unas curvas más allá, escuchamos entre las *fayas* el ruido del *regueru* que se escurre desde el Hotel: un edificio sobre el hayedo, convertido desde aquí en pura silueta en la cima de la *raya* divisoria de leoneses y lenenses.

A medida que seguimos bosque adelante, se abren a nuestro paso otros "cuadros", también: asientos de coches desgarrados con los muelles al aire; un jirón de la moqueta *empíricotáu* en una rama rota; el volante con sus cables de tantos *colorinos* (*pal pitu, pal intermitente, pa las luces de posición*...); el tambor de centrifugar de aquella lavadora, *llenu de fue-*

yas secas... Unas diapositivas *pa la posteridá: y pa estudiar con calma*.

Tras *regueru tan decoráu*, pasamos bajo el saliente cónico del Castiichu: un montículo casi piramidal, que guarda allá en la escarpada cima los secretos (reales o soñados) de una larga historia traducida a leyendas (el oro, los tesoros...).

A nuestra derecha discurren, a su aire, los los secretos del río Valgrande: allá al fondo de los barrancos, bajo la única mirada de los robles y las *fayas*, sólo el ruido lejano de las aguas rompe el silencio boscoso del valle. Y con el sonido espumoso del abismo del río entre las ramas, se hace más blando el camino por la pista abierta a L'Ablanea.

La berrea de los corzos en el hayedo

Atentos a los sonidos del bosque, pasamos el pontón de Reguiru Puircu (tal vez aquí sólo por su abundancia en *xabalinos*), el que baja del Hotel; y El Reguiru l'Ortigalón, el que desciende del Brañichín; ambos jalonados por impecables *fayas* a uno y otro lado *de riberas, ribones y ribayas*.

Pasado El Reguiru Los Mestos (el siguiente), nos asomamos al cantizal bajo El Castiichu, para situar los *berríos* procedentes de la otra ribera del río. En efecto, sobre un claro del bosque, entre el arroyo y los pastizales, varios corzos merodean agitados una corza semiasustada en el centro del *felechal*.

Por un buen rato, y a tenor de la distancia entre los galanes y el eje amoroso de la escena, imaginamos la jerarquía de cada uno de los novatos. Los ecos de los *berríos* inundan el hayedo de valle en valle, como si en cada uno se estuviera repitiendo una misma escena, pero con diferentes galanes.

El camín de los vaqueros a Coleo

Así llegamos a La Vega'l Mur: sucesión de varios *mayainos* bajo El Castiichu (por su cara más bien nordeste), algunos destruidos con el trazado de la pista. Pasado el *mayáu* mayor (y sin despistarse aquí), la senda de los vaqueros asciende por la derecha (o desciende, según se mire) desde los pueblos de San Miguel y El Nocíu, en sus idas y venidas a los puertos de Coleo.

Por esta senda de La Oxa Armá (así llaman aquí al hayedo), zigzaguea abajo el *camín de los vaqueros* entre las *fueyas* caídas de las *fayas* multiformes y gruesas (sin duda centenarias), en ocasiones convertidas en siluetas simuladas de animales. (Retomaremos este camino a la vuelta, por lo que conviene no despistarse, como se dijo).

Seguimos todavía por la pista, y unos pasos más allá (a la izquierda), este mismo *camín de los vaqueros* asciende (o desciende, según se mire, también) hacia Coleo, por L'Azorea, El Yenu la Cerezal, El Rancañal, Las Fonticas, La Viyiriza..., y, ya, la braña de

Coleo (la dejamos para otra vuelta).

Los texos de La Cuesta'l Tixu

Pronto empezamos a encontrar árboles históricos, tan misteriosos como raros hoy en el concejo: los *texos*. Por ellos fue quedando el nombre de La Cuesta'l Tixu a todo el hayedo que asciende del Reguiru la Xuncal (hay *xunclos* en la ribera) hasta L'Ablanea.

Por la pendiente izquierda del bosque cortado en talud por la pista, y con sus ramas estiradas como brazos hacia una luz siempre escamoteada en el hayedo, distinguimos *texos* de todos los tamaños: los más pequeños (los que no llegan al metro, aunque tengan varios años) luchan como pueden en cualquier hueco abierto en la espesura, a la espera de que algún rayo descuaje alguna *faya* mayor que les deje a ellos un espacio hacia la luz.

Los *texos* medianos, con varios lustros también encima (se dice que un metro de altura equivale a quince años de vida en esta zona), los que han tenido la suerte de hacerse un hueco en el *fayotal*, crecen más seguros, aunque sea protegidos tras alguna roca sobre la que no pudieron germinar otras especies.

Finalmente, algunos *texos*, los menos, los que pueden alcanzar medio metro de diámetro en la ceba, han de ser muy viejos: 20-25 m en altura. Pero hubieron de sufrir también lo suyo: alguna rama gruesa, completamente cicatrizada y seca, alguna profunda herida

en el tronco, otra vez semicubierta de corteza, revelan las vicisitudes, también para ellos, de los tiempos.

Y, en cada vuelta a Valgrande, una nueva "lectura" del hayedo

Pero estos *texos* (mayores, medianos y menores), rompen por el año la monocromía de *fayas*, robles y *abidules*: su tonos de verde intenso, sus ramas tendidas al vacío, sus hojas simétricamente puntiagudas y alineadas, introducen en Valgrande una ocasión más para la "lectura" de estas otras entrañas asturianas.

Casi sin darnos cuenta, llevamos varios kilómetros a la sombra del hayedo, y al olor de la hume-



Otra postal de Valgrande que preside Polación

dad boscosa. Por esto, queremos saborearlo al completo.

Por un momento, se nos ocurre pensar que hay tantos bosques y tantos Valgrandes como estaciones, como fines de semana, como días, como madrugadas, como tardes y ocasos, tiene el año. Para bien o para mal, siempre que volvemos, encontramos una nueva "lectura", siempre imprevisible, de Valgrande: y como suele ocurrir, tampoco aquí faltan los *bozrones*, los *tachones*...

L'Ablanea, con los últimos ablanos para contarlos

Por la pista que asciende en travesera desde El Puente la Xuncal (pasado ya el arroyo), llegamos a L'Ablanea, el fondo de Valgrande, en el límite fondero de las brañas (Los Cuadros, El Fasgar, El Pedroso...): once kilómetros bien llevados desde El Ruchu.

A la izquierda de L'Ablanea, se abre otra tupida ladera boscosa en la que, a juzgar por los tonos del ramaje, abundan los robles entre las *fayas*. Más arriba, los puertos de Las Rubias, La Carbazosa...

Desaparecidas con la Autopista las *cabanas* de L'Ablanea, quedan sobre *el mayéu* sólo sus siluetas: algunas *murias* derruidas, un gigantesco roble abandonado y carcomido sobre un regato seco, montones de piedra y tierra, hierros retorcidos, riegos de cemento ya reseco en lo que fue pradera, fundidos con el arroyo...

Pero allí siguen firmes los últimos *ablanos*, salvados por el azar

de las garras de las máquinas, o germinados de nuevo los últimos frutos enterrados bajo montículos de escombros. Queda el nombre, una vez más (y de momento) para contarlos. A la Pena'l Barral ya le arrancaron los mapas hasta el nombre, y le inventaron El Negrón.

El roble'l Ninu

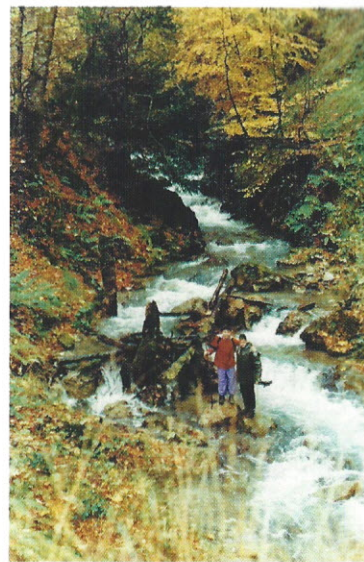
Desde el *mayéu* L'Ablanea (y al tiempo que reponemos fuerzas removiendo en la mochila), buscamos con la vista un famoso roble todavía (y también de momento), sin cortar: *el roble'l Ninu*—así dieron en llamarle por estos pueblos, sin que nos hayan explicado todavía por qué.

Según los vaqueros de estos puertos, el roble es gigantesco: tiene varios metros alrededor (*hasta cuatro paisanos fayen falta p' abrazalu*—matizan algunos, un poco orgullosos de conservar semejante ejemplo, todavía en pie). *Ye'l roble'l Ninu (El Rebuchu los Vayos, pa otros)*.

La senda de los vaqueros desde La Vega'l Mur

Desandamos la pista de L'Ablanea, para desviarnos en La Vega'l Mur por el *camín* que trillan (más bien, trillaban), cada otoño y primavera, ganados y ganaderos entre las casas y las brañas.

Repuestos ya de fuerzas, y de lamentos por los hechos consumados, y con el cuidado de no rebasar la desviación en La Vega'l



Entre el sosiego de los colores otoñales y las aguas agitadas del río Valgrande

Mur (como habíamos previsto), cambiamos la piedra más firme de la pista por un *senderu más estrechu, con felechos a una vera y peornos a la otra*.

La senda de los vaqueros desciende en La Vega'l Mur acolchonada con tantas hojas caídas en lo que va de otoño: una senda progresivamente más mullida, a medida que nos adentramos hayedo abajo. Sólo algún trozo más húmedo se vuelve limo y barrizal en algunos tramos más *yanos* del zigzag.

Algunos y algunas prefieren cruzar recto, deslizándose entre las *fueyas de las fayas*: disfrutando como los *guajes* sobre aquel edredón otoñal que forma el manto ocre del hayedo. Acabamos atajando todos, directos al *truncadal*

que percibimos en la ribera, sobre las aguas del río Valgrande. Hay quien también, sin pretenderlo, baja rodando por la hojarasca antes de tiempo.

Algunas *fayas* centenarias impresionan por su grosor (hasta 6 m medimos de perímetro en las más gruesas): formas retorcidas, ramas extendidas como brazos pidiendo luz, sobreviven como pueden en los espacios que se fueron haciendo entre las leyes del bosque.

El troncaal de Vayo Cimiru

Así, disfrutando como los *gaujés*, descendemos entre la *fueya* hasta el paso obligado sobre las aguas del río Valgrande: oportunamente llaman los vaqueros Vayo Cimiru (lat. **vadum**, 'lugar vadeable, paso difícil, paso de río').

Y un nuevo cuadro (inevitable, aquí) nos ofrece el hayedo, imprevisible una vez más: unas cuantas *fayas*, muy gruesas, pero ya deshojadas y carcomidas en buena parte, fueron arrancadas de cuajo, y colocadas transversalmente a modo de pontones improvisados sobre las aguas del Valgrande.

Nos explicaría luego Pepe, en El Nocíu, el origen de la (*es*)*trocena*: toda la pequeña explanada que forma Vayo Cimiru, sobre el remanso del río Valgrande, es zona de corrientes de aire en todas las direcciones.

Cuando hay tormenta de nieve o vendaval en este hueco del bosque, los remolinos de viento giran con tal fuerza que arrancan las *fayas* de raíz. Y, cuando esto ocurre,

el río se cubre por unos años con los troncos descuajados en la depresión del Vayo.

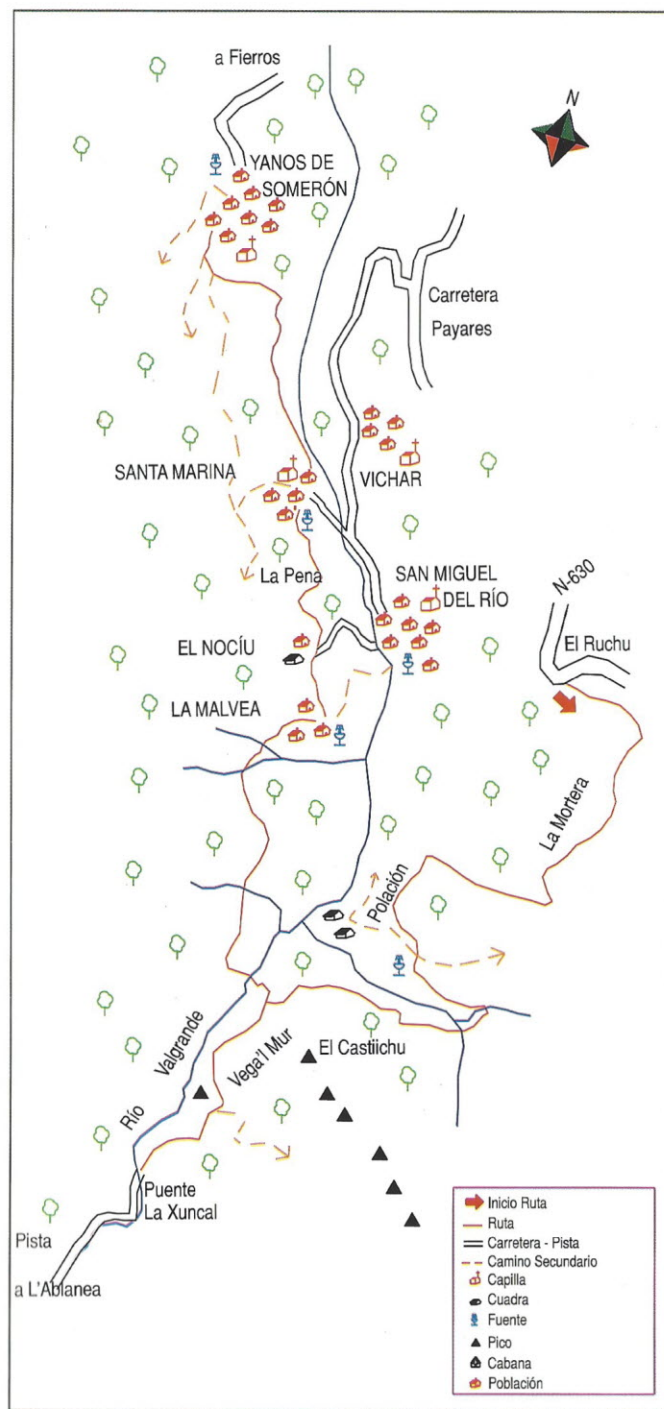
Nos sentamos un buen rato sobre algunos gruesos troncos carcomidos por las aguas, y ahora secos con la mengua del caudal: algunos y algunas no se conforman hasta balancearse sobre el mismo centro de la corriente, por tentar la resistencia de un *pontón* tan espontáneo. Y alguno hasta comprueba que el río, cuando se juega encima, y de chirucas, también moja.

De paso por Los Gavilanes: el vuelo de un par de ferres sobre el nombre

Con el rumor, hoy sosegado, de aquellas aguas en el *vayo*, dejamos el *troncaal de fayas* abatidas un mal día de temporal con bastante menos calma. De nuevo en *el camín* de los vaqueros, ascendemos desde El Vayo Cimiru por cualquiera de las sendas trilladas por los ganados entre el puerto y los pueblos (ladera izquierda del río bajando).

Ya fuera del bosque (ahora frente a Polación), pasamos bajo los *praos* de Los Gavilanes, y La Solana los Gavilanes. Un par de *ferres* se levantan de una faya a nuestros pasos, tal vez para confirmar el nombre del paraje.

Según referencias de los ganaderos, los *praos* de Los Gavilanes son zonas muy dadas a los *ferres* (*Accipiter nisus*), que se cobijaban a la salida de Valgrande para otear, por el día, las cosechas y los gallineros



de los pueblos vecinos (Valdarcos, La Malvea, El Nocíu, San Miguel del Río, Polación, Payares...).

Y en L'Aciru, el nombre de los *acebos* transformado (l'*acibiru*)

Entre la espesa capa de arbolado que cubre de tonos las aguas y las riberas del río Valgrande en el otoño (*fayas, rebochos, chameras, abidules...*), llegamos al Aciru y al Quentu l'Aciru (en realidad, *acibiru*): altozano divisorio en la ladera, que todavía conserva algunos parrotales de *acebos* y carrascos, cada año un poco más dispersas entre las zarzas.

En El Quentu l'Aciru, se divide el *camín del puerto*: hacia abajo, por la derecha, se llega a San Miguel en poco tiempo, a través de una pista que pasa por el despoblado de Valdarcos (hoy, *cuadras*).

A la izquierda (por el camino más largo), vamos al Nocíu y La Malvea por El Quentu Valdicuquín, La Cuandia Cuevas, La Pardaliega, La Fuente l'Ascobaliega, L'Asgaxá..., lugares todos ellos más o menos sombríos, entre *covaratas* y *cuandias*, con algunos *escobas* (*peornos*), *argaxos...*, como sus respectivos nombres recuerdan.

Por las *caleyas* de La Malvea, donde siguen floreciendo *malvas*

Y, así, llegamos a La Malvea, sin desviarnos del camino (siempre tirando en *yano* o hacia abajo),

que se abre cada vez más ancho por las pedreras pendientes, a medida que nos acercamos al poblado. Arriba y a la izquierda asciendía el *camín* principal hasta Xerbás, y luego a Yanos: pero está casi intransitable ahora.

A tropicicones entre *sotambios*, nos vamos acercando al poblado. Ya más relajados, recorremos las *caleyas* casi vacías de La Malvea, donde a falta de más *bulliciu*, vuelven a florecer las *malvas* que dieron nombre al lugar.

Charlamos por un buen rato con un par de paisanos, que atienden allí unas vacas por la *seronda arriba*, y escuchamos *sin parpadiar*, sobre un *puyu*, la vida más bulliciosa del pueblo años atrás. Y seguimos pensando que la posición soleada de La Malvea, a la entrada de un hayedo, es privilegiada.

En homenaje a muchas manos artesanas ya desaparecidas de La Malvea, dedicamos unas cuantas fotos a sus productos: un *xugu* con telarañas en un soportal destartado; varios *cochares de coplera* colgados de un *treme* carcomido; una montura de *paya* deshilachada, que ya no servirá más para llevar la *carraca* a las *cabanas*; un *pote de fierro* oxidado, que nunca volverá a ofrecer chocolate y tertulia invernal en el portal, con el sol ya casi puesto a media tarde.

Y entre las *malvas*, a los *nozales*: El Nocíu

Por la *caleya* que da a la fuente de La Malvea, ascendemos un poco hacia la derecha, y tomamos

dirección al Nocíu: caserío al otro lado de la loma, al norte. A través de una portilla, que abrimos y cerramos con cuidado, seguimos la vieja calzada que nos conduce sola al caserío habitado.

Una vez más, mucho agradecemos la hospitalidad de Goyo y Pepe: pero, sobre todo, los *tortos que fay* Goyo.

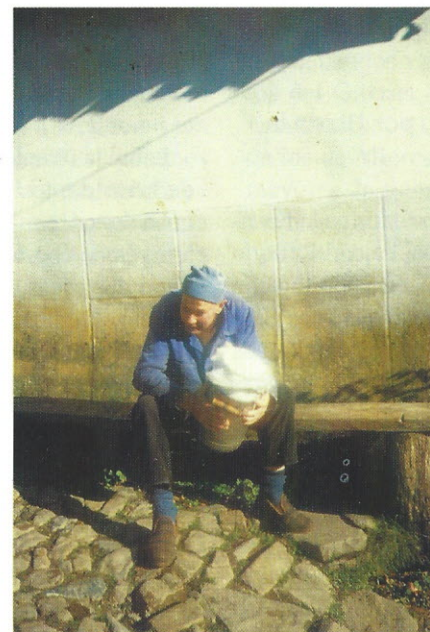
Con la misma dirección, bordeamos casa y cuadras, cruzamos con todo cuidado la pista privada, y entre las matas, damos con la otra senda que nos lleva en pocos minutos a Santa Marina. A nuestra derecha, abajo, las casas de San Miguel del Río: en la ribera derecha del Valgrande.

Los nombres que cruza el camino en travesera ya indican la condición del terreno: El Nocíu, Los

Fueyos, El Retechón, El Praón, L'Abeseo, El Quentu la Solana, La Fuente la Polea, El Burecu la Peña... Es decir: 'pozas', terreno más bien 'empinado' y 'sombrió', tierra 'soleada', lugar para 'deslizar la leña', 'oquedades en las peñas'...).

Santa Marina, Yanos: la otra vertiente más soleada del Payares

Y de Santa Marina, a Yanos: media hora más por esta larga (y poco frecuentada) ladera del río Payares. Pronto damos en Yanos. A seis kilómetros por carretera, Fierros (una hora, *en sin descuidase* —nos advierten los vecinos), cuando casi nos da la noche en las *caleyas*, compartiendo, una vez más, sus saberes de Valgrande.



Mazando: mantega, dibura, suero..., cada uno por su parte

40. UBIÑA LA PEQUEÑA: UN MIRADOR A MEDIAS ENTRE LEONESES Y LENENSES

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** las portillas del Alto'l Palo (como en la ruta 35), sobre las 9,30.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** mismo lugar, sobre las 5.
- **PARAJES DE INTERÉS:** ver ruta de Ubiña la Grande.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** menos que a Ubiña la Grande (hay algunas zonas pedregosas, pero con la senda bien marcada de jitu en jitu)
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** otoño (tienen su encanto los pastos otoñales de Retuerto y Rosapero).
- **TIEMPOS:** la ruta es corta, 4-5 horas (se puede estirar lo que se quiera).

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

NOTA: en realidad, como se puede suponer, la mayor parte de la ruta coincide con la indicada para Peña Ubiña la Grande. Hasta por encima de Los Ochones, La Fuente la Gorgochosa, Refugio los Pastores, seguimos el mismo itinerario (Alto'l Palo, La Senda del Picón, La Viguichina, Candioches).

De fitu en fitu, por Ubina la Pequena

Una vez refrescados en la Fuente la Gorgochosa, bajo el Refugio los Pastores, cuando son todavía las diez y pico, giramos unos 120° al surdeste por la campera que nos va llevando hacia la base de Ubina la Pequena

A medida que vamos ascendiendo entre la pradera y los pedreros, las sendas nos van llevando cada vez más al surdeste, por esta cara de la peña. Poco a poco, los senderos van confluyendo en uno más ancho, que empieza a estar marcado por *fitos*, cada vez

más espesos y cuidados a medida que nos acercamos a la cima.

Ya de media peña arriba, giramos más al suroeste (a los 200°). Poco a poco, el camino se convierte en zig-zag por la pradera. Zigzagueamos también nosotros, cada vez más estirados entre el silencio rocoso de la vaguada, y el sol ya jadeante de las doce. A medida que ascendemos, el sendero toma dirección todavía al suroeste (unos 250°).

Sobre la última pradera, se divide la senda: los más decididos siguen rectos, por lo más pendiente, a través de una estrecha garganta entre dos rocas, que da paso casi directo a la cima (se sube bien, pero con cuidado de un traspié).

Los del grupo mayor dejamos la estrecha garganta, y faldeamos la cima por la derecha, a través de una pequeña hondonada que da paso a la cara menos *pinchia* entre las rocas de Ubina la Pequena. El destino es el mismo, con unos minutos por el medio.

En la misma cumbre, sobre las cruces a ambos lados del crestón

(2192 m), mientras rebuscamos el bocata en la mochila, tendemos la vista por unas horas al sosiego de los vecinos pueblos leoneses, ahora a nuestros pies: Pinos, Candemuela, Villargusán (ruta 35).

Los anillos de la *nublina* al mediodía, colgados de las peñas

Mientras reponemos las gotas de sudor dejadas en los pedreros al subir, una visera de *nublina* horizontal empieza a trazar un anillo en torno a Ubiña la Grande. Y unos cuantos círculos más se cuelgan, también, en torno a Cherturbio, Pena Britá, La Mesa, hasta terminar por inundar de una ligera niebla todo el valle del Güerna.

Con el paso de las horas, empiezan a asomar las brumas cada vez más espesas entre Las Rubias, Axeite Y antes que se acerquen del todo a la peña, aunque no son nieblas muy espesas, calculamos el descenso por la zona leonesa de Rosapero, mucho más soleada la campera al mediodía que por la parte asturiana.

El nombre de *Candioches* que *trixeron los de Mieres* (*Candiochas*, para leoneses y lenenses)

Pero estiramos lo que podemos las horas en la peña: no se sube a Ubiña cuando se quiere. Encaramados en la cima, hoy, de Ubina la Pequena, contemplamos la llanura de *Candioches*. Una vez

más, campeamos también por el nombre de la llanura entre tantas peñas.

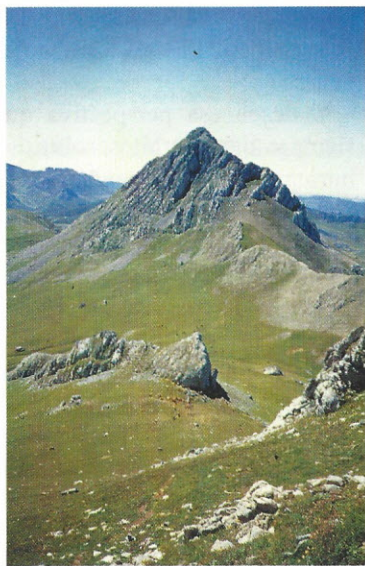
Y desde esa perspectiva que siempre dan los altos sobre los intrínquilos del valle, cavilamos sobre un dato oído a los pastores de Pinos y Candemuela: aquellos mismos zagales (ancianos y ancianas hoy) que aprovecharon con sus espesos rebaños estas tupidas camperas, ahora llamadas Puerto Mieres.

Para los pastores y pastoras leoneses, el nombre de vaguada tan extensa y empozada entre tanta peña, siempre fue *Candiochas*: lo de *Candioches* es cosa de los de Mieres, “que nos compraron el puerto” –nos habían explicado un día unos ancianos, contemplando la peña desde el umbral de una casa en Candemuela.

El dato fónico coincide con el que daban los vaqueros en los altos del Güerna, hasta que llegó la carretera, y el hablar más fino de los de Mieres. Recuerdan los mayores de estos pueblos lenenses que sus abuelos decían siempre *Candiochas*, aunque acabó por triunfar el nombre que pusieron los compradores del puerto, difundido luego por los mapas.

Entre Los Ochones y Candemuela: la forma imaginada de las *ochas* (las ‘ollas’) respecto a una campa más llana

Desde los altos de Ubiña asociamos el sentido de *Candiochas*



Ubiña la Pequeña: a medias entre el silencio serondo de Retuerto y Rosapero

a Los *Ochones*: unas pozas grandes del terreno *-ochas*, ‘ollas’, que contrastan con las llanuras apacibles de todo el valle de Retuerto. Deshacemos la forma entre un primer elemento, tal vez **cam(po)**, más el citado **ochas**: un ‘campo’ rodeado de hondonadas rocosas uniformes. El suelo calizo explica lo demás. Un **Cam+de+ochas** > **Candiochas**.

Algo parecido ha de ocurrir al otro lado de la peña, por la vertiente leonesa, con el pueblo mismo de **Can-de-muela**, en posible alusión metafórica al saliente ‘molar’ de Ubiña la Pequeña: un **cam(po)**—hoy poblado— justo bajo la **mole** rocosa y blanquecina que se levanta sobre estos pueblos vecinos al otro lado de la *ra-ya*.

Y al otro lado de Retuerto, Las Fuentes de Rosapero

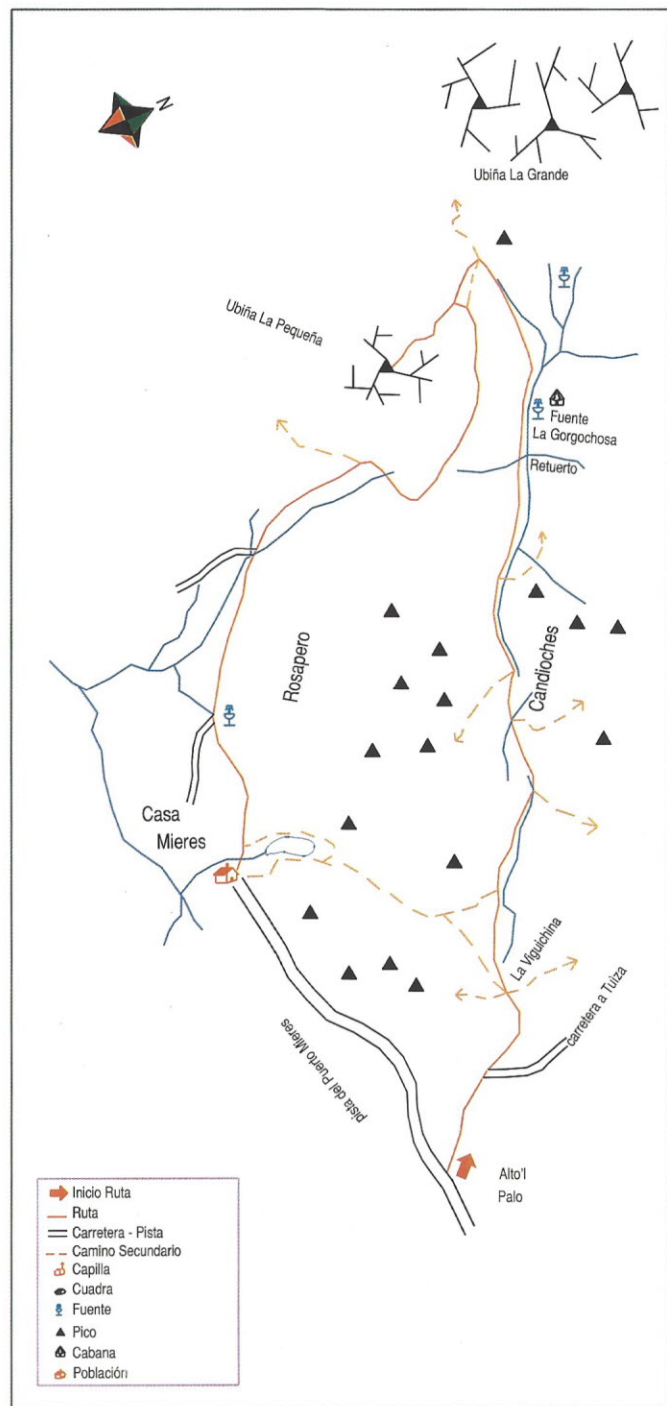
Con la vista tendida a los parajes y a los nombres, nos empezamos a rodear las nieblas difusas ya en el *picu la pena*, por lo que desandamos el camino, como habíamos proyectado. Bastante más llevadero en la bajada. A medida que vamos llegando a los pedreros en la falda de la peña, tomamos cualquiera de las sendas que cruzan la loma horizontal, en dirección surdeste.

Pronto columbramos las majadas de Rosapero: valle a la derecha, que asciende hacia la cara sur de la peña (unos 120°, al surdeste). Volteamos el cordal divisorio del Puerto Mieres, y descendemos a tomar una senda muy marcada (hoy pista de tractor), que nos conducirá, en poco más de media hora, a La Casa Mieres.

Caminamos entre los dos valles con nombres de regatos, también paralelos: a la izquierda, Retuerto (río más retorcido); a la derecha, Rosapero (posiblemente, en alusión a las abundantes *xaroncas* que en algunas zonas abundan en el río de Pinos, según las épocas).

Sobre aquel entorno desarbolado hoy, también serían posibles otras resonancias prerromanas (**sapp-*, ‘roble pequeño, matorral’). A la vista de aquel valle con tantas aguas inagotable, nos inclinamos más por la primera.

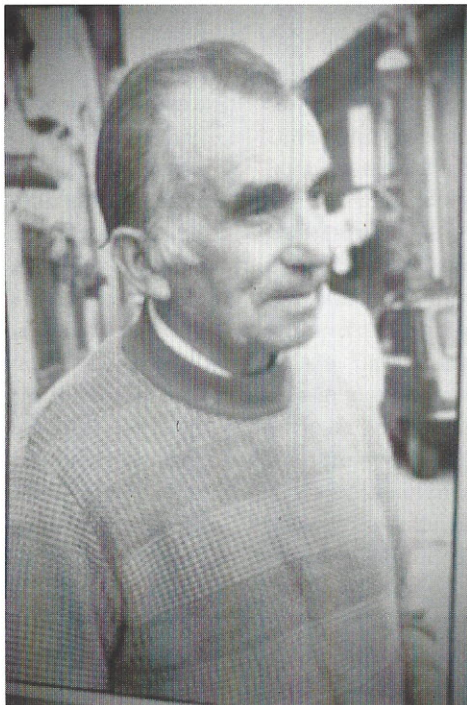
El agua abunda, ciertamente, en la zona de Rosapero: bajo la loma que separa ambos valles bajo Ubiña la Pequeña, brotan a borbo-



tones las corrientes subterráneas, como si de una gran balsa rota en las entrañas de Los Ochones y de Ubiña se tratara. Son Las Fuentes de Rosapero, que dan origen al río de Pinos, con caudal casi invariable todo el año.

Cuando es todavía mediatarde, entre las idas y venidas de la *mu-*

blina en pugna con las *rayás* del sol, cruzamos sin prisas las camperas ya desprovistas de ganados a estas alturas del otoño. Pasamos la llamada Casa Mieres, y, en poco más de media hora, de nuevo El Alto'l Palo.



Manolito Castañón: *montañeru* hasta el final (Foto de L. Castañón)

41. LA PENA LA PORTIECHA: DE LA CRUZ A XOMEZANA, POR LAS PASÁS, YA SIN HUELLAS, DE LOS CHOBOS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** La Cruz (junto a Riospaso), sobre las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Xomezana Riba, sobre las 5 (o Espineo, media hora más).
- **PARAJES DE INTERÉS:** La Pena Corneyana, Los Diales, Vega Fuentes, La Pena la Portiecha, El Puzu los Chobos, Santa Cristina, las dos Xomezanas, Espineo...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** bajo; se sube bien a la peña.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** cualquiera (otoño, sobre todo, por los hayedos bajo la peña).
- **TIEMPOS:** la ruta se hace bien en 5-6 horas.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Entramos en La Cruz, con el saludo de un perrazo rompe un tanto fiero la paz de las *caleyas*, a modo de vocero que cumple celoso su misión entre las casas. Entendemos al mastín (por cierto, bien educado), y nos alegramos de la vida del pueblo que empieza a bullir bajo el humo blanquecino de algunas chimineas, en esta fresca mañana en la *seronda*.

El arte de la piedra en las cuadras de Riospaso y La Cruz

Seguimos desde el poblado el camino que se desvía a la izquierda, sobre la fuente de piedra, antes de las primeras casas y *caleyas*. Más arriba, el camino se convierte en pista, y se eleva a la derecha, para contemplar, desde el altozano de Fusneo, los *teyaos* apiñados de las casas con sus puertas y ventanas orientadas al surdeste.

La pista, que va dejando a ambos lados los caminos en desuso, serpentea entre las fincas hacia La Mortera y Los Diales. Dejamos en cada acceso las portillas cerradas como estaban, y agradecemos a los vecinos el paso. También echamos de menos las pedreras de los caminos, semiocultos ahora por el escombros en algunos tramos. Pero los caminos, sin poder competir con la pista, se fueron cerrando.

En todo caso, respetamos la *pación de seronda* en los *praos*, sin salirnos de la pista. Las abundantes lluvias del otoño han vuelto a reverdecir estas fincas sobre El Setal (nombre transparente), y El Cuérrabu, acanalada —en forma de vallejo—, como el nombre indica tal vez (lat. *corrūgu*, ‘cauce’).

A medida que ascendemos a La Mortera, destacan las *cuadras* de caliza fina, impecablemente labradas. Queda la talla de las piedras, símbolo que prolonga en el tiem-

po el trabajo de muchas manos encallecidas de los canteros de estos pueblos, nacidos a la falda de las *caliares*: sabido es que los canteros de Riospaso y La Cruz tenían fama de artesanos desde Lena hasta los pueblos de León.

Las garayas y las utres de La Pena Corneyana

Sobre El Cuérrabu, el paraje se abre con las dos peñas de enfrente: La Pena Corneyana (a la izquierda) y La Pena Vega Fuentes (a la derecha).

Unas cuantas *garayas* revolotean fundidas con las nieblas, que todavía dejan entre las nubes los picachos de ambas *penas* a estas horas tempranas. Aunque ya son raras por aquí las *corneyas* (*Corvus corone*), pensamos si no habrían dado ellas nombre a la peña en este caso (más raro aquí el antropónimo **Corneliana**).

La pista termina por disiparse entre las fincas de La Mortera, por lo que retomamos el antiguo camino vecinal ya en las lindes de los *praos* con la *carba* (seguimos respetando las praderas y las portillas, que siempre dejamos como estaban).

Desde la pequeña loma del Cardusu (que aún *asoleya* cardos), seguimos con la vista y los prismáticos el vuelo magestuoso de dos parejas de buitres, que acaban por sacudir sus alas como dueños solitarios encaramados en los agudos riscos de La Pena Corneyana: parecen los guardianes del valle.

Por Borburanes, seguimos la senda que asciende suave a unos 40° nordeste hacia La Campera los Diales: una vistosa explanada circular, orientada al sur (justo frente a La Mesa y Las Planas, al otro lado del Güerna).

Un poco al oeste de la campa, nos refrescamos en la fuente-abrevadero, que bien delata el regato hacia los *praos* fonderos de la *carba*. El manantial fluye abundante casi todo el año, alimentado por las aguas contenidas en las calizas de Los Diales.

El paraje de Vega Fuentes parriba, con la niebla en sala

De la fuente hacia oeste, damos por las sendas anchas en la collada de Vega Fuentes: campera vistosa en pando, que abre un abanico de parajes al otro lado de las peñas de Los Diales. Tal vez, sobre las **térras ordéales** ('de la cebada'), que sembraban en Las Morteras con otros cereales.

Al frente de la vega en pando, se levantan Las Coronas –La Rondiaona, para otros– (por su carácter circular saliente); El Picu la Pena Corneyana, arriba y a la izquierda; Los Camparones, al fondo, sobre El Forquéu; El Xanzanal, Valverde, La Pena Bovias, un poco a la derecha; Las Cochás, La Yana'l Siirru

Las nieblas se baten en remolinos al otro lado de La Portiecha, pugnando por imponerse sobre las cabeceras de los valles, y desplazar de aquellas cimas los exiguos claros que, a duras penas, se han

abierto tímidos los rayos del sol al hilo del mediodía. Las Chevias, El Chevión, (*fayeos* sobre Bovias), marcan el límite de la niebla en sala.

Sobre las yerbas más finas, al sabor de las calizas

Con los pulmones *enchios* del aire de Vega Fuentes, giramos al norte camino de la peña. Seguimos cualquiera de las sendas que se elevan por la raya de la cima hacia El Picu'l Cordal: *mayéu cimeru*, antesala de La Portiecha. Varias yeguas *overas*, *roxas*, *alazanas*, paladean concentradas las yerbas más finas (como hacen siempre), brotadas al sabor de las calizas.

Dejamos la yeguada, que se diría paze a destajo, y seguimos cualquiera de los senderos que ascienden por la cara oeste de La Portiecha, y en poco minutos damos en Río Cimiru (lat. **rivus**,

'zanja, río'), que, por supuesto, no tiene agua alguna.

El nombre de *Río Cimiru* (aunque sea en peña) se justifica también aunque esté seco: ahora, en el otoño, no hay agua, pero en los desnives del invierno se forman *chaguetes* sobre el canal (un *riegu anchu*), que divide el lomo de una buena parte de la peña.

Por debajo de la misma peña, en dirección más bien sur, en simetría perfecta (y como no podía faltar el paralelo), está *Río Fondirru*: canalizo también entre las rocas, y también seco a estas alturas (sentido más antiguo de la palabra, como simple 'canalizo, zanja natural').

Los valles de Xomezana, desde la cresta de La Portiecha

Ya en la cima de la *caliar*, nos asomamos hacia el noroeste (iz-



Por Los Yanos y rellanos bajo La Pena la Portiecha

quierda, subiendo), sobre Los Yanos (*mayaos, prau, fayeos, monte*), justo a la falda de la peña; o tendemos la vista horizontal (en dirección norte) hacia La Braña, El Barraal, Cuitu Chobos, sobre los pueblos de Xomezana.

Por el surdeste de La Portiecha (abajo), están los *praos* de La Primáliega (de *paciones primaverales tempranas*, como el nombre parece indicar); y están Los Pedrazos (baste mirar los abundantes ‘pedruscos’ desgajados de la peña); o los *pareones* grisáceos de las fincas, en los que no sobresale una piedra de su vecina. Otra vez el arte de los canteros, en este caso más bien de Xomezana.

Y seguimos peña adelante, de paraje en paraje. La senda de La Portiecha se prolonga en *yano* por la explanada cimera. Cuando faltan unos metros para llegar a La Cruz de la Pena, se estrecha un poco entre los riscos, pero pasamos bien. Estamos *nel mismo picu la pena*.

Y otros mosaicos otoñales, desde el alto de la peña

Otro mosaico de pueblos y paisajes otoñales se recorta entre las brumas de los valles fundidas con las distancias: La Cruz (a la derecha, al suroeste), Reconcos (más al surdeste), Teyeo (abajo y a la izquierda), Las Piñeras, Carraluz, Bendueños, Campomanes (ya a lo lejos).

Más al norte, La Pena Chago, L’Aramo; más al noroeste, Pena de Rúa; y siguiendo con la vista la

cadena de picachos, El Fariñentu, Ubiña, La Mesa, el alto Payares, El Ceyón (con su gorra de *nublina* acostumbrada), Tres Conceyos.

Y justo enfrente de nosotros, sobre la depresión del Güerna, la capa verde que los *fayeos* del Blime fueron tejiendo hasta la misma falda de las calizas fonderas de La Tesa.

Son las doce y pico, y el día, aunque con los vaivenes de la niebla más fondera, va resistiendo en La Portiecha. Por esto, acordamos ya dialogar también con el bocata, al resguardo de la brisa, que ya sopla fría en estos altos teñidos de octubre y de *seronda*.

Las *gayubas*: los arándanos del urogallo en el invierno

Mientras desandamos los senderos de la caliza, de nuevo al Picu’l Cordal por el que subimos (unos 240°, al suroeste, ahora), nos detenemos en una planta nueva para nosotros: parecida a la *arandanera*, pero más pegada a la roca. Tiene unos frutos completamente rojos, comestibles, escondidos bajo las hojas, por fuerza, sin duda, de las brisas sin contemplaciones a estos 1500 m de altura.

Nos la explica con detalle Manolo el d’Espineo, *vaqueru* desde *guaje* en estos altos: es la planta de los urogallos en el invierno. Sus frutos rojos, bastante insípidos y *fariñentos*, se distinguen bien de los otros arándanos de siempre (más sabrosos, y más o

menos negros o azulados). Luego, comprobamos que puede ser la *gayuba* o *uva ursi* (*Arctos-taphylos* L).

Y *l’arzo*lia: una planta medicinal muy rebuscada en las grietas de las calizas

De paso por Río Cimiru, bajamos pronto a Río Fondiru: campo estrecha, acanalada bajo la peña, correlato de la otra en la cresta de La Portiecha, como se dijo.

Y de nuevo otra planta nos define en la bajada: ahora la *arzo*lia, que acaba de encontrar Francisco en las fisuras de una roca. Es Francisco Corrales, que aparece y desaparece por encanto de un *senderu* en medio de cualquier ladera; y hasta que no viene con alguna novedad, no para. Imprescindible Francisco para “leer” el suelo entre las breñas de cualquier braña.

Ahora nos ensaña *l’arzo*lia (*Globularia repens* L, como sabremos luego). Esta planta medicinal la usaban en estos pueblos más altos –nos explica, también el *vaqueru* Manolo– como remedio poco menos que milagroso en la curación de heridas: una vez cocida, *l’arzo*lia era muy eficaz como desinfectante, astringente, antiséptica. Varias diapositivas nos llevamos de la planta.

La Capía: los ecos de un nombre sin ermita en una braña

De nuevo en dirección nordeste hacia Los Pedrazos, ahora por la

falda de la peña, pasamos por El Mayéu Vicharín (nombre debido a que allí *vaqueriaban* los de este caserío más fondero). Un poco más allá, llegamos al Mayéu la Capía (La Capilla, para otros), ya de peor explicación para una posible ermita a estas alturas.

Al margen la posibilidad metafórica (la forma de la peña recortada en la caliza), se nos ocurre otra justificación del nombre. La Capía es una campera al cobijo de una oquedad de La Portiecha. Tiempo atrás, fue lugar de unas cuantas cabañas, y desde allí se divisaba la silueta lejana de la ‘capilla’ del monasterio de Acebos. Y se sigue divisoando hoy su reconstrucción actual en el poblado inferior: la capilla’l Quempu.

Las horas de los rezos, y aquellos avisos monacales sobre el valle, lanzados por la campana al servicio de vecinos y peregrinos, bien pudieran haber motivado el nombre de La Capía bajo La Portiecha: un *mayéu*, siglos atrás, verdadero poblado en una braña durante buena parte del año.

No se recuerda capilla alguna bajo la peña, pero sí la hora de rezar cuando tocaba la campana de cualquier capilla en el valle Güerna.

Las bayas comestibles de espinera: las cerezas o *mayuncas* –que dicen los vaqueros d’Espineo

La senda de La Capía, buena, apacible, para la andadura larga, ve crecer hoy gruesas espineras



Nel picu La Pena

por ambos lados del camino, completamente doblegadas al peso de tantos frutos otoñales *coloraos*. El camino, reconvertido en pradera verde por el *mayéu*, contrasta, así, con el granate rojo de las bayas del espino, más brillantes, si cabe, al sol de media tarde.

Y, sobre el verde otoñal de la campa, y con los frutos rojos de las *espineras* (las *mayuncas*), contrastan las *bruselares* más ocres en la *seronda*. Por cierto que entre los ganados y los *páxaros*, no dejaron ni un último brusel, para saborear siquiera los que venimos de paso: bien conocemos algunos desde *guajes* la golosina agridulce y refrescante de los sabrosos *bruseles*.

La curiosidad por comprobar la tradición de los vaqueros (que se

comían los frutos de la espinera, en el otoño) nos lleva a probar, nosotros también, algunas *mayuncas* o *cerezas* –según otros.

Y, ciertamente, en época de mayores premuras (sin bocata tan a mano en la mochila), no tendríamos reparos en haber comido bastantes *mayuncas* más: las bayas bien maduras de las espineras no son dulces, pero tampoco amargan.

Un poco *fariñosas*, secas, con la enjuta carne que les dejan las *pepitas*, habría que comer bastantes *pa fartucase*. Pero sería peor escuchar el estómago vacío, lejos de la casa en las interminables horas de la braña.

De hecho, en pueblos como Espineo, a estas bayas de espinera siguen llamando *cerezas*: y por lo menos en la forma, aunque mucho más pequeñas, y mucho menos dulces, bien que se parecen a las *cerezas montesas*, *albarinas*, por ejemplo. Otros les llaman *mayuncas*, tal vez por deformación de *bayucas*.

La ambigüedad de un mismo nombre para dos frutos da buena señal de que las *cerezas d'espinera* no habían de quedar sólo para los *páxaros*.

Y el nombre de La Portiecha: el cierre del paso a los ganados entre las *carbás*, las *morteras* y las *brañas*

Con el sabor seco de las *mayuncas* en la garganta, seguimos la senda que faldea la peña hacia el nordeste, tras Los Praos de la Por-

tiecha. Allí, los senderos se han de juntar por fuerza en el estrechamiento a que obligan los pedreros y las paredes de las fincas. El paso era obligado bajo La Pena la Portiecha: no había otro lugar para las sendas.

Y de ahí, el nombre: la ‘portilla’ se levantó para controlar el paso libre, a capricho, de los ganados sueltos, entre las *carbás* y los puertos. Con la portilla cerrada, ni subían a destiempo en primavera, ni bajaban demasiado pronto de las brañas a estropear los sembrados y *borronás* de las *morteras*, antes del otoño. Hoy se desplazó el nombre a lo alto de la peña.

Y como La Portiecha, El Cancechón

Como los nombres no suelen estar solos (se apoyan unos en otros), un poco más allá de La Portiecha, tras la actual mortera de Riospaso, queda, con la misma referencia, la finca del *Cancechón*: entre La Miría, Tiracuecho y La Pena Corneyana.

En *El Cancechón* (*'canciecha, portilla'*) los vaqueros cerraban también el paso libre de los ganados, entre las tierras de las *morteras* y los pastos de Vegafuentes (queda una profunda cárcava entre los *praos* y las *penascas*).

En fin, una misma razón para dos nombres próximos junto a un tercero: Los Diales (peña cabeceira, por el surdeste de La Portiecha y sobre Las Morteras).

Los Diales (*Ordiales, Urdiales*, según los informantes) fueron el

límite cimero de unas *morteras*, que algunos vecinos de Riospaso y La Cruz recuerdan todavía sembradas de cereal (lat. *hordeum*, ‘cebada’) en alguna esquina, hasta hace pocos años.

UNA DESVIACIÓN OPCIONAL

Por si nos sobran tiempos y fuerzas: El Puzu los Chobos, al otro lado de La Portiecha

La lluvia sigue amenazando a media tarde, frente a un sol que insiste (y resiste) entre las nubes. Pero no parece que vaya en serio (*vien del sur, nun hay problema* –nos da confianza Manolo). Seguimos la senda tras las fincas y cuadras de Los Pedrazos, bajo los *morrillos* que atestiguan el nombre entre los pedreros.

En El Mayéu los Pedrazos, la ruta sigue en *yano* y hacia abajo por la cima del cordal, hacia Espineo y Xomezana por Santa Cristina. Pero también podemos dar un rodeo, si vamos bien de fuerzas: la desviación –con ida y vuelta– puede llevar casi un par de horas, según las zarzas de la senda.

Como es temprano –las tres de la tarde–, algunos aprovechamos la ocasión de contemplar de cerca un *pozo lobar*, tras los pasos seguros de Manolo el de Espineo. Otros esperan en la campa (cuestión de un par de horas), para reencontrarnos más abajo en La Braña, La Felguera...

Dejamos por el momento, entonces, la dirección de la ruta, y nos desviamos a la izquierda por

una senda más estrecha, y un poco enzarzada a veces, directos al Puzu los Chobos. Bordeamos, así, la falda de La Portiecha por el hayedo que da al norte y al nordeste.

Descendemos por La Poza Bogón (hondonada natural bajo la peña), La Fuente Xuan Pelayo, y tomamos el camino que se pega a la *xebe* izquierda de la finca en el límite con las *fayas*. El camino sigue por El Praalín abajo, hacia Xomezana, con un ramal que se desvía a la derecha en dirección a Santa Cristina.

Sin perder de vista la falda de la peña, tomamos una desviación secundaria, todavía más a la izquierda, que atraviesa inclinada El Pralón. Pronto nos unimos a otro camino a medio hayedo, sobre La Fuente'l Mal Tiimpu (que lleva el agua a Espineo).

Siempre bordeando La Portiecha por la cara nordeste, pasamos bajo El Güerto'l Piñutu (minipra-

dera colgada de la caliza), en recuerdo de un vaquero despeñado un mal día en busca de algunas yerbas más para el ganado. Otra vez, la *pena* (la peña) origen de tantas penas.

El camino, que va bordeando La Portiecha, gira poco a poco al suroeste, y sigue casi horizontal, ya más ancho y llevadero hacia pozo lobar. Cuando llevamos una media hora larga, cruzamos El Monte'l Caliyu (bajo las calizas). Y damos en el *pozu chobinegu*.

Un 'pozo lobar' estratégico entre la peña y el hayedo

El Puzu los Chobos está al borde izquierdo del camino, ya en la cara más bien oeste de La Portiecha.

Un poco más allá queda El Prao Penaquente, en la bifurcación hacia El Caleyón del Manteguiru y El Sutiquín (camino a la derecha y



Entre las *vacas roxas* de Xomezana, también ellas otoñales el día de la feria

abajo, a Xomezana); y hacia Los Yanos, por La Mesá (camino a la izquierda y arriba): nombre debido a la abundancia y calidad de la yerba a la falda de la caliza (lat. *messis*, 'siega, cosecha').

El *pozo lobar* ha llegado hasta nosotros conservado a la sombra y al olvido que siempre le dio el hayedo. Es un pozo cilíndrico, completamente rodeado de paredes en caliza tallada; tiene unos tres metros de diámetro, por seis de profundidad, aunque en este momento está semicubierto de abundante *fueya* acumulada, año tras año, con el desuso.

Y con la imagen del *puzu chobos* (de los pocos que quedaron para contarlos), desandamos el camino hacia la desviación que habíamos dejado frente al Pralón. Subimos un poco hasta tomar la senda sobre la finca, y seguimos hacia Yenu l'Oxa, El Car-

buitu..., donde nos unimos de nuevo al grupo.

DE NUEVO EN RUTA

Entre las *ampostas de los teyaos*, camín de Santa Cristina

Como habíamos quedado, de no visitar *el puzu los chobos* (depende del día y de las fuerzas), descendemos más holgados por la cima del cordal: en El Mayéu los Pedrazos, seguimos la senda que desciende suave entre las cuerdas de La Brañona, La Felguera, El Cabril, Yenu l'Oxa, El Carbuitu (siempre hacia el este, unos 90°).

Desde cualquiera de las lomas vistosas, vamos divisoando al frente los pueblos de Piñera (de Riba y de Baxo); más al nordeste, Carraluz; a nuestra izquierda y a nuestros pies, ambas Xomezanas.



Los *teyaos d'amposta* sobre Santa Cristina de Xomezana

Contemplamos, también, la artesanía en los *teyaos* de estas cuadras de Xomezana, siempre expuestos en la pendiente a los ganados que retozan por las camparas. Para evitar posibles daños en los *teyaos*, idearon sus propietarios un sistema de defensa tan sencillo como estético: *l'amposta del teyao* (de *mamposta*, según otros).

L'amposta del teyao consiste en un pequeño muro de *chábanas*, que sobresale por encima del tejado, y continúa la pared trasera medio metro más sobre el ras de las tejas. De este modo artesanal, en los suelos inclinados, los animales nunca tienen contacto con las tejas. Que todo estaba entre los ganaderos, a su modo, programado.

La senda de los vaqueros, ya convertida en pista en algunos tramos, gira más al surdeste (sobre los 130°), hacia la campera del Cabril. Y desde la loma saliente, divisamos abajo el poblado de Santa Cristina: la fachada blanquecina de una casa brilla, todavía, reluciente al sol de mediatarde. Se diría que sigue habitada.

La otra Santa Cristina de la altura (la de Xomezana), hoy sin ermita

Seguimos descendiendo entre las sendas del Carbuity y del Felechach (con tantos, y tan espesos *felechachos*, que huelga cavilar sobre el nombre). Pasamos por las llamadas Casas del Cordal, hoy convertidas, también, en cuadras espaciosas de ganados.

Sin pretenderlo nosotros, rompemos el sesteo placentero de unas cuantas perdices rojas que se asustan al paso de nuestras botas, un poco estridentes sobre el tupido *felechach*, en parte ya abatido y seco por el otoño. Bien que lo sentimos, pero también disfrutamos con aquel revuelo de imprevisto.

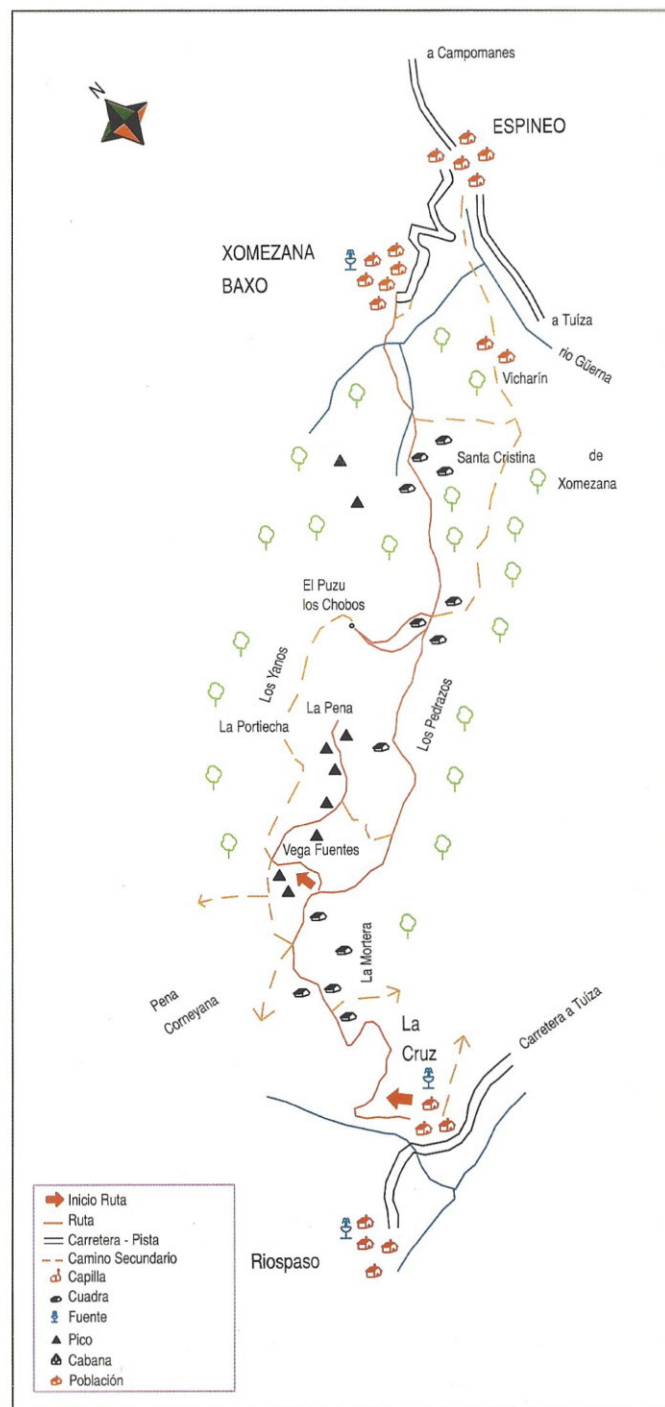
En pocos minutos, damos entre las casas de Santa Cristina, por el amplio camino entre *los pareones* de unas fincas que simbolizan, con sus nombres, su condición pasada de excelentes tierras de labor: La Tierra'l Prao, La Pornaliegua.

Forman hoy el núcleo deshabitado, cinco edificios en piedra (con sus típicos *voladros*, por paredes), que sobreviven a lo fondero de la loma. Es uno de esos poblados de montaña que nunca tienen problemas con el sol: entre enero y diciembre, y ya desde que apunta el alba, aquellas casas de Santa Cristina no pueden ser más *soleyeras*.

El camín a Xomezana por el Molín del Pedreo

Con la tarde ya en los rellanos de la loma, y con la soledad colgada de las últimas *figares* del actual despoblado, desandamos las *caleyas* de nuevo al *camín* Xomezana.

La pista actual entre ambas Pornaliegas gira al norte camino de los dos poblados. Una fuente de piedra, que brota abundante a la entrada de las matas, nos recuerda, por su cuidado y por el grosor del chorro, el trasiego de personas



y animales que debían circular por esta ladera del Güerna.

El camino a Xomezana (antes ancho, ahora enanchado) desciende sin pérdida sobre Las Cavás, donde se divide: en *yano*, a la izquierda, sigue al *pueblu riba*; hacia la derecha y abajo, al *pueblu baxo*.

Como vamos bien de tiempo, rodeamos por Xomezana Riba. En pocos minutos, y sobre un regato mayor, pasamos junto al *Molín del*

Pedreo: un edificio bien conservado que todavía sigue moliendo algunas *fardelás d'escanda* crecida en las *irías* de ambos poblados.

Salimos, finalmente, al *pueblu riba*, donde aclaramos (como siempre) los detalles de la ruta con algunos vecinos y vecinas que encontramos por las *caleyas*. Y, a través del *pueblu baxo*, descendemos en pocos minutos a Espineo (destino previamente acordado, por aquello de los coches).



El pote farinas: y que nun faltaran